

Carta al Editor de "Life"

He aquí una réplica, suscrita por un joven escritor español, a la revista «Life», de N. Y., por una tendenciosa información acerca de la vida rural en España

TENGO a la vista, señor Editor, el número de *Life*, en cuyas páginas dedica usted atención especialísima a una pequeña y pobre aldea de mi país. Una aldea escondida por las sierras extremeñas, triste, paupérrima, atrasada, lejana del ferrocarril y de las carreteras principales; probablemente buscada y rebuscada, con no poca paciencia ni menos trabajo, por Mr. W. Eugene Smith, y, desde luego, lanzada después con no menor jovialidad escandalosa al magnífico papel *couché* de su semanario.

Esa es, efectivamente, la aldea de Deleitosa; esas sus modestísimas viviendas, sus sufridos habitantes, su ninguna modernidad. Eso que ha recogido su objetivo fotográfico es la vida tremenda que todavía llevan algunos pocos españoles en ese perdido rincón. No crea que nos da con ello noticia de ninguna novedad. Nosotros conocemos perfectamente los rincones humildes de España, tan perfectamente, por lo menos, como usted pretende conocer ese que ahora ha caído bajo el área de la poderosa influencia informativa de sus dólares. Nosotros sabemos cuáles son esos pueblos españoles que perduran, sobre poco más o menos, en iguales condiciones de existencia material que hace cuatrocientos años. La diferencia está en que nosotros tomamos con respeto y con dolor los datos de esa realidad terrible que, sobre afligirnos gravemente, nos llena del rubor de nuestra propia vida colectiva; mientras que ustedes hacen de ellos ese uso impúdico y escandaloso del sensacionalismo, que lo mismo les da aplicar al último atraco de las calles de Chicago por los *gangsters* de turno, o a cualquier *contratiempo* erótico de la vida *conyugal* de Cinelandia, que a la penuria de un pueblo honesto y desgraciado. Pero la penuria de un pueblo, sea cual sea, es—créame—bastante más respetable que todo eso. Cuando ese pueblo es el de uno, entonces, además de respetable, resulta entrañablemente trágica y vitalmente arraigada en el propio destino personal.

Pero además de ese respeto, cuya ausencia envilece más que nada a quien carece en su propia alma de los quilates necesarios para saber cómo ha de administrarse, además, hay otra cosa que es efectivamente exigible a cualquiera que tome sobre sí la tarea de informar al mundo de las cosas que van pasando cada día. Me refiero al deber de veracidad, el cual, naturalmente, puede ser quebrantado no sólo faltando limpiamente a la verdad, sino también destapando interesadamente una sola de sus múltiples vertientes. En estas dos cosas, en la falta de respeto y en la burla de la integridad que requiere la verdad, creo que ha incurrido el autor de ese lamentable reportaje sobre nuestra pequeña aldea cacereña. Mr. Smith coge las imágenes, las tristes imágenes de la aldea de Deleitosa, y arrojándolas sin más ni más a la voracidad de un público cuya capital medida de lo humano es el *confort*, viene a de-

cirle: «Esto es España». Y no es así. Su documento es tan parcial, cuando menos, como si a manera de muestra de la vida española del presente tenido hubiera la debilidad—insólita—de reproducir únicamente las perspectivas más espléndidas de nuestras grandes ciudades o el lujo de nuestras clases privilegiadas. Y no; España, siendo una cosa y otra, no es ninguna de las dos. No servirá usted así, de una manera verídica y fiel, a su menester informativo, aunque me figuro que sí a no se que confuso propósito propagandístico.

No quisiera molestar ahora su atención en decirle cómo es la España de nuestro tiempo, ni en qué consiste, ni en dónde hallar esa posible imagen sintética con la que usted tal vez pudiera proporcionar a sus lectores una idea más aproximada y respetable de lo que España es. Me interesa, en cambio, hablarle un poco, documentarle si usted me lo permite, acerca de lo que esa aldea de Deleitosa representa para la sensibilidad de un español de los días que corren. Para la sensibilidad, dicho sea por adelantado, no patriotería, no casticista ni folklórica, de un hombre preocupado desde dentro por el conocimiento real de España.

En España, señor Editor, Deleitosa no es, por desgracia, caso único. Hay otras aldeas y lugares que pudieron haber servido a su propósito con tanto o mayor impresionismo que la pobre aldea extremeña de Deleitosa. Aún sería posible encontrar parejas condiciones de existencia sirviendo de base vital a pequeños núcleos de españoles, sometidos a ellas por una larga y tenaz fatalidad. Se lo dice quien, en la modesta medida que le es propia, va registrando profesionalmente los planos de la realidad española contemporánea, con el intento de sacar a la luz el fruto de conocimiento del verdadero estado de esa extensa y compleja realidad, cuyo remedio son otros los encargados de procurar. Sin duda para lograrlo se requerirá la enérgica puesta en marcha de todos los resortes públicos y privados de este país, abandonado por el mundo a su propio aire. Pero ni sus resortes, ni los ajenos que nadie le ha procurado todavía conseguirán tal vez colocarlo en el exigente nivel que alcanzaron los sueños de la presente generación, cuyo entumecimiento de España tal vez le convenga a usted saber que, aunque muchas veces aparezca deformado estúpidamente por intérpretes oficiales o por equívocosregoneros, se alimentó precisamente del descontento, de la violenta irrupción del criticismo literario y sociológico que representa esa otra generación gigante de españoles, conocida con la cifra de un año que para ustedes, los norteamericanos, tal vez tenga todavía cierta resonancia: 1898.

En 1898 su reportaje, señor Editor, hubiera tenido valor representativo y feroz actualidad resumidora. Hubiera sido una llamada más entre las que entonces golpeaban (Sigue en la página 19.)

Letter to the Editor of "Life"

Dear Sir,

I have before me the issue of «Life» in which you devote your very especial attention to a small and poor village in my country. It is a village hidden away in the mountains of Estremadura, sad, very poor, behind the times, far from the railroad; and no doubt your Mr. W. Eugene Smith had to search for it with not a little patience and no less persevering work; and, needless to say, it was thrown with no less scandalous glee onto the magnificent calendered paper of your magazine.

Yes; that is the village of Deleitosa; those are its very humble dwellings, its long-suffering inhabitants, its utter lack of up-to-dateness. Those scenes caught by your camera lense make up the dreadful life that is still led by a few Spaniards in that out-of-the-way location. I do not think that by publishing them you have taught us anything we did not know. We know quite well the dark corners of Spain; at least, we know them as perfectly as you pretend to know those things that have now fallen within the sphere of the powerful informative influence of your dollars. We know what Spanish villages go on living more or less in the same material conditions as four hundred years ago,

The difference is that we are filled with respect and sorrow by the details of that terrible reality, which, besides gravely afflicting us, make us blush for such things in our collective life; whereas you put them to the shameless and scandalous uses of sensationalism; for it is all the same to you whether you apply those methods to the latest raid on the streets of Chicago by the gangster of the moment, or some amorous *contretemps* or other in the marital life of Filmland, or the misery of an honest but unfortunate human community. But the misery of a village, wherever it may be, let me tell you is a good deal more respectable than all that. And when that village is one's own, then, besides being worthy of respect, its sorrows are, tragically and vitally, part and parcel of one's own personal lot.

But, apart from that respect, whose absence is more degrading than anything else in those whose souls lack the necessary standards to know how to handle it, there is something else that is demanded in practice of any man who takes it upon himself to inform the world of what happens in it day by day. I mean, the duty of truthfulness, which, of course, may be transgressed not only by clearly prevaricating the truth but also by intentionally showing only one of its many sides. And I submit that the author of that deplorable article about our little village in the Province of Caceres has been guilty of both offences: lack of respect and contempt of that integrity which the truth requires. Mr. Smith takes the pictures, the sad pictures, of the village of Deleitosa and, throwing them out, without more ado, to be lapped up by that voracious public whose capital standard of what is human is *comfort*, he as good as says to that public: «This is Spain». But it is not. His document is as partial, to say the least of it, as it would have been had he had the—unaccustomed—weakness to reproduce solely, as an example of Spanish life to-day, the finest prospects of our great cities or the luxury of our privileged classes. No; Spain, being both things, is not exclusively either the one or the other. You will not in that way truthfully and faithfully perform your informative office, although I fancy you may thus serve your vague propagandist ends.

I will not now trouble you with details of how Spain is to-day; nor will I tell you what that possible picture of Spain as a whole consists of, nor where it can be found—that picture of Spain as a whole from which your readers might perhaps form a truer and worthier idea of what Spain is. But I do, on the other hand, want, if you will allow me, to post you up on what that little village of Deleitosa means to the sensitiveness of a Spaniard of these days; not to spreadeagleist or purist or folk-lorist sensitiveness, let me tell you, but to that sensitiveness that is deeply concerned about real knowledge of Spain.

Now, Sir, in Spain, unfortunately, Deleitosa is not an isolated case. There are other villages and places which might have served your purpose just as impressively as this little Estremenian village of Deleitosa, if not more so. It would still be possible to find similar living conditions among small groups of Spaniards, subjected to them by a long and obstinate fatality. I who tell you this am professionally engaged, in my own small measure, in recording the facets of contem-

porary Spanish existence for the purpose of bringing forth the fruit of knowledge of the real state of that vast and complex reality, whose remedy lies in other hands. No doubt to achieve that remedy it will be necessary forcibly to set in motion all the public and private springs of action of our country, which the world leaves to its own resources. But maybe neither its own resources nor those of others, which nobody places at its disposal, will suffice to place it on the exactly high level to which the present generation aspires in its dreams. It may interest you to know that this generation's understanding of Spain though it often appears stupidly deformed by officious interpreters or doubtful advocates has sprung precisely from the discontent, from the violent irruption of literary and sociological criticism represented by another giant generation of Spaniards, which is known by a date that may still «ring a bell», as the saying is, for you Americans: 1898.

In 1898, Sir, this article of yours might have been representative, it might have had fierce topical value as a summing-up. It would have been one more among the many calls then issued to the sleeping conscience of Spain. To-day, it is nothing but a surprise attack, a propagandist trick, which unfairly magnifies a small and partial fact to an ignorant public to make it appear as the whole.

What is typical of Spain to-day is not that that backwardness and destitution of Deleitosa actually exist, but that she goes to seek out such things in order to fight against them by any means. That Spain you see in Deleitosa happens to be the Spain that we ourselves like as little as you do, though surely for different reasons. Unlike you, we love that Spain with a will to improve it. That will is fed by our very sorrow, it thrives on our very hope, and it is so deep and so genuine that it bristles with rage when any outsider lays unclean hands on that Spain to make frivolous tourist capital, or business, or simply political propaganda out of it.

Actually, that Spain which you show submerged in the painful pictures of Deleitosa has a well-known name among us: it is «black Spain». I do not know if you are aware that «black Spain» was one of the leit-motiv played with a full orchestra by that great generation of which I have spoken: from Darío de Regoyos to Zuloaga, passing through the later Solana, in the plastic arts, and from Pío Baroja to Azorin in literature. «Black Spain» is the outcome of a vast social structure of archaic feudal lines with which Spanish life has been burdened for centuries and which went through a crisis—intellectually—at that time when, as I tell you, a batch of Spaniards of the highest universal quality made a *problem* of it to themselves and intellectually and morally committed all successive generations to the task of seeking an honest and worthy solution to it. And that is what we are doing today, as yesterday; and, allow me to tell you, we are doing it with more energy even than yesterday, because that *problem* not only made itself patent, with much more than literary expressiveness or force, in a long and fierce civil war in which both sides covered the soil of Spain from end to end and inch by inch, but it was carried in the folds of the first flags that trod the path to victory in that war.

I have no call to explain to you the work involved in getting that will-to-improve to open a full way for itself, fighting with all its might not only against that economic poverty which we all know, but also against a certain prejudice, a certain mistaken attachment to time-honoured national customs, which still hangs like a millstone round the neck in certain dark zones of the Spanish mind at the present time, and which attitudes like that represented by your own article on Deleitosa only serve to aggravate.

On the other hand, it may not be altogether useless for you to try to understand whence and how those *black* pictures of our poor little Deleitosa reached the faultlessly topical pages of «Life». I should like you to realize just how what still remains of «black Spain» among us stands on the chief bare spot in the thick grove of our millenary history. Do not trouble to find out what the Spanish Renaissance was or what it stood for in the European world, in order afterwards to appraise that alleged deficiency accurately. There is no need for you to do that. That is not the bare spot I mean; and I think, if you reflect on it, this little detail will be enough to convince you: it is that all that beautiful Continent on which your feet are now set came out of the darkness thanks to the impulse of Re-

naissance Spain. Other, wiser, men will assure you that what we missed was Enlightenment. But do not consult the Encyclopedia, either, to ascertain in what way this deficiency may have diminished Spain's historic life: Enlightenment was let through in some measure or other and its advances here bore the names of Kings Ferdinand VI and Charles III, for instance.

To my mind, Sir, Spain's historic bare spot is to be found in the nineteenth century. Let me explain. It is not that the nineteenth century was *nefarious* as some here say, in not a little haste to condemn; but simply that it was *non-existent*. And that is something you will be able to grasp better, without any need to cudgel your brains or brush up your history, because your own country took shape, as a country, precisely in the nineteenth century. That during that century some of you still went about making Sioux Indians drunk or machine-gunning Comanches to found your beautiful cities does not change the fact that those which were raised were even then endowed with all the progressive, civilized features and comforts of the nineteenth century.

For, above all other political or philosophical significances, the nineteenth century had the strictly sociological significance of the *progress* of villages and towns, of the settlement in them of the creative middle classes, following the spiritual impulse previously given them by Enlightenment. The *century of light* begot the century of electric light, of intellectual Rationalism, of the civilizing rationalization of life, with its great middle-class actions tending to the radical transformation of the material conditions of existence, those European actions which you went on applying automatically, synchronically, almost without realizing it, but *ex-novo*, on virgin soil most generously endowed by nature for this very time in history.

And that is just what Spain, to her sorrow, never had: a nineteenth century. She did not have at the right time any genuine economic Liberalism, nor any great creative middle class or intellectual Progressism of sufficient strength and elevation to impose its tone upon the country. The failure of the reigning dynasty at the end the eighteenth century paved the way for that deficiency, which the War of Independence against the French invader was to consummate noisily with the twofold repercussion of its devastating *disasters* on the material life of Spain's cities and countryside—cutting down at the roots the small initial achievements of Enlightened Despotism—and the consequent ultra-nationalist reaction against Progressist and civilizing Europeanism, which had the misfortune to knock at the door of our country at the same time as the armies of Napoleon Buonaparte.

It is just that development of the conditions of civilizing progress characteristic of the nineteenth century that was generally absent from our slow and troubled Spanish life. Spain, the country of slow-ripening fruit, was slower than ever in gathering the ripe fruit of progress, and, meanwhile, especially in her spacious countryside, she perpetuated rural, pre-nineteenth-century living conditions which were economically saturated with absentee-landlordism, aristocratic neglect, and social helplessness.

So, «black Spain» spread like a cancerous growth on that vital side which the nineteenth century never came to cover; but, to cut that cancer and take the bright colour of clean blood to places where there was only misery and neglect, our Spain has been striving for over half a century, striving harder every day against fate. I know that in your prosperous and fortunate country, where even time is gold, things are done more quickly, with a powerful and enviable quickness. Here the pace is slower, more diffident, because its measure is the diffident one of poverty; and there is so much to raise and transform and put on the way to a full yield!

But in that slow, persistent fight of the new life against the old, whose life-giving and civilizing tide has not yet reached the hidden village of Deleitosa, one thing has been left behind, wiped out, overcome at last: and that is «black Spain» as a figure of speech totally covering the whole reality of Spanish life. Deleitosa is no longer a representative village; it is a regrettable—though still not unique—exception in the general perspective of Spain. To hold up that sad picture as anything else, Sir, is a piece of deceitful sophistry, as hurtful a falsehood as it would be to dub a gangster film «Scenes of American life» without any qualification.

And here I end this long letter, since I had to end somewhere. I am surely leaving in the ink-pot many things that I could say to make you understand more clearly; and, on the other hand, I have said others which maybe overflowed the banks of my mind like waters swelling in the freshet of an anger near to tears. For the mouth speaketh out of the fulness of the heart, and in my heart there is set, like a huge Spanish tear, that bitter picture of our Deleitosa that you have held up on the spear of your magazine for other eyes to look at without love and with scorn. Yours very truly,

GASPAR GOMEZ DE LA SERNA

Carta al Editor de "Life"

(Viene de la página 17)

la dormida conciencia española. Hoy no pasa de ser un exabrupto. Un truco propagandístico que amplifica ilícitamente, sobre un público ignaro, una realidad mínima y parcial con pretensión totalizadora. Hoy España no se caracteriza por *estar* en ese abandonado atraso real de Deleitosa, sino precisamente por ir a buscarlo para luchar, como sea, en contra suya. Esa España de Deleitosa es justamente la España que, tal vez como a usted, aunque seguramente por otras razones, tampoco a nosotros nos gusta; pero a la que, a diferencia de usted, nosotros amamos con voluntad de perfección. Esa voluntad se alimenta de nuestro propio dolor, vive de nuestra misma esperanza, y es tan honda y auténtica que se eriza de coraje cuando alguien, desde fuera, pone sobre ella sus manos impuras para hacer frívolo turismo, para hacer negocio o simplemente para hacer propaganda política.

En realidad, esa España que usted presenta subsumida en las penosas imágenes de Deleitosa tiene entre nosotros un nombre propio, hartamente conocido: es «la España negra». No sé si sabe usted que «la España negra» ha sido uno de los temas claves, ejecutados a gran orquesta por esa generación egregia de que le hablaba: desde Darío de Regoyos hasta Zuloaga, pasando por el tardío Solana, en las artes plásticas, y desde Pío Baroja hasta *Azorín*, en el arte literario. La «España negra» es el producto de una dilatada estructura social, de arcaico corte feudal, que viene arrastrando durante centurias la vida española, y que hizo crisis—intelectualmente—en esa fecha en que le digo que una promoción de españoles de la máxima calidad universal se hizo *problema* de ella, comprometiendo intelectual y moralmente a todas las generaciones sucesivas en la empresa de buscarle una honesta y digna solución. En eso andamos ahora, como ayer; y, si usted me lo permite, le diré que con más fuerza aun que ayer, por cuanto ese *problema* no sólo se ha hecho patente, con mucha mayor expresividad y fuerza que la literaria, a través de una cruenta y larga guerra civil en la que España ha sido recorrida por ambos bandos palmo a palmo, sino que incluso campeaba ya en las banderas iniciales que se llevaron en aquella guerra a la victoria de camino.

No tengo que explicarle el trabajo que cuesta que esa voluntad de perfección se abra cumplido paso, luchando a brazo partido, no sólo en contra de una penuria económica de todos conocida, sino, aun, en contra de cierta rémora, digamos *casticista*, que todavía pesa como un lastre viejo sobre ciertas oscuras zonas de la mentalidad española del presente, que—dicho sea de paso—actitudes como la que su reportaje extranjero sobre Deleitosa representa, no hacen sino exacerbar.

En cambio, tal vez fuera útil que usted tratara de comprender desde dónde y por qué camino han podido llegar hasta la impecable actualidad de las páginas de *Life* esas imágenes *negras* de nuestra pobre Deleitosa. Yo quisiera que usted alcanzara a ver cómo lo que aun nos queda de «la España negra» está, justamente, levantado sobre la calva capital de nuestra frondosa historia milenaria. Oirá usted decir a algunos, tal vez, que España no ha tenido Renacimiento; no se moleste en indagar qué cosa sea Renacimiento español, o qué ha significado en el mundo europeo, para calibrar luego con exactitud esa pretendida ausencia; no le hace falta, porque no es esa la laguna de que le hablo; y creo que bastará para convencerle—si se fija—el pequeño detalle de que todo ese hermoso Continente sobre el que usted apoya ahora los pies salió de la tiniebla gracias al impulso de la España renacentista. Otros, más doctos, le asegurarán que el fallo nuestro está en la Ilustración, pero tampoco consulte la *Enciclopedia* para averiguar en qué pudo haber mermado su falta la vida histórica de España: en una u otra medida se le fué dando paso y sus adelantados tuvieron aquí nombre de reyes: Fernando VI y Carlos III, por ejemplo.

La calva histórica de España pienso, señor mío, que está en el siglo XIX. Entienda usted. No porque el siglo XIX haya sido *nefasto*, como algunos dicen por aquí con no poco apresuramiento condenatorio; sino sencillamente *porque no ha sido*. Y eso sí que usted lo podrá entender mejor, sin necesidad de forzar sus conocimientos históricos; porque su propio país se ha cuajado, como tal país,

precisamente en el siglo XIX. Que todavía durante él anduvieran algunos de ustedes ametrallando *comanches* para fundar sus hermosas ciudades, no quiere decir que las que fueran fundando no se levantaran ya con todo el carácter progresista, civilizado y confortable del siglo XIX.

Pues el siglo XIX ha tenido, sobre todo otro significado político o filosófico, el significado de signo estrictamente sociológico de la *progresión* de los pueblos y ciudades; del asentamiento real en ellos de la burguesía creadora, según el ímpetu espiritual elaborado previamente por la Ilustración. Del *siglo de las luces* nació el siglo de la luz eléctrica; del racionalismo intelectual, la racionalización civilizadora del vivir, con sus grandes operaciones burguesas de transformación radical de las condiciones materiales de la existencia. Esas operaciones europeas que ustedes iban aplicando automáticamente, sincrónicamente, casi sin darse cuenta, pero *ex novo*, sobre una tierra virgen y dotada por la Naturaleza con el máximo de generosidad para esa hora en punto de la Historia.

Y eso es exactamente lo que España no ha tenido nunca, para su desdicha: siglo XIX. No ha tenido, en su momento, auténtico liberalismo económico, ni gran burguesía creadora, ni progresismo intelectual con la fuerza y la altura suficientes para imponer su tónica en el país. La quiebra de la Dinastía reinante a fines del siglo XVIII prepara ese fallo, que la Guerra de la Independencia contra el invasor francés va a consumir ruidosamente, con la doble repercusión de sus *desastres* asoladores sobre la vida material de las ciudades y campos de España—talando de raíz las pequeñas conquistas iniciales del Despotismo ilustrado—, y la consecutiva reacción ultranacionalista contra el europeísmo progresista y civilizador, que tuvo la desgracia de anunciarse a las puertas de nuestro país al mismo tiempo que los ejércitos de Napoleón Bonaparte.

Es, justamente, ese despliegue de las condiciones del progreso civilizador que caracterizó al siglo XIX, lo que en general ha estado ausente de nuestra lenta y accidentada vida española. España, la de los frutos tardíos, ha tardado más que en nada en coger la fruta madura del *progreso*, perpetuando entre tanto, sobre todo en su espaciosa área campesina, condiciones de vida rurales, predecimonónicas, económicamente saturadas de latifundismo absentista, de aristocrático abandono y de social desamparo.

La «España negra» ha crecido, pues, como un cáncer en ese flanco vital que el siglo XIX no llegó a cubrir, pero para sajar ese cáncer y llevar el color vivo de la sangre limpia donde no hay más que miseria y abandono, nuestra España hace más de medio siglo que está forcejeando, cada día con mayor denuedo, en contra del destino. Ya sé que en su próspero y afortunado país, en donde hasta el tiempo es oro, se hacen las cosas más de prisa, con una poderosa rapidez envidiable. Aquí el ritmo es más lento, más humilde, porque tiene la medida modesta de la pobreza y ¡es tanto lo que hay que levantar y transformar y poner en trance de pleno rendimiento!

Mas en esa lenta, pertinaz contienda de la vida nueva contra la vida vieja, cuya civilizadora marea aun no ha logrado vivificar a la escondida aldea de Deleitosa, una cosa sí ha quedado atrás, vencida, sobrepasada al fin: la «España negra» como imagen comendiosamente alusiva a la realidad total de España.

Deleitosa no es ya un pueblo representativo; es, aunque no la única, una doliente excepción en la perspectiva general de España. Esgrimir su triste imagen en otro sentido, señor Editor, es una argucia de mala ley, una hiriente falsedad como lo sería, por ejemplo, la de plantar en el celuloide de un *film* de *gangsters* un rótulo, ciertamente incompleto, que rezase así: «Escenas de la vida en Norteamérica».

Y aquí concluyo ya esta larga carta, porque en alguna parte había de acabar; seguramente dejándome en el tintero muchas cosas que aun podría decirle para mayor entendimiento, y dando, en cambio, suelta a otras que acaso se salieron de madre, crecidas como están en la riada de un coraje casi a punto de lágrima. Porque de la abundancia del corazón habla la boca, y en el corazón está, cuajada como una enorme lágrima española, esa amarga imagen de nuestra Deleitosa, que usted ha puesto en la picota de su semanario para que ojos extraños la contemplen sin amor y con desprecio.

De usted atto. y s. s.,

GASPAR GOMEZ DE LA SERNA